

EL NEGOCIO DEL FUTBOL, POPULARIDAD Y FANATISMO, ¿Y POR QUE NO EL DEPORTE?

por ADOLFO ALVIAL

Con el fútbol se ha armado un espectáculo monumental cuya magnitud se ha extendido al extremo de que hasta pretende a veces comprometer el prestigio de las naciones. Si nos referimos a Chile, el fútbol ha penetrado por los poros de la larga y angosta piel del país, y estamos tan saturados de él que los titulares de los diarios no se conforman con anunciar los eventos y sus resultados, sino que nos informan de las luchas intestinas promovidas en las instituciones futbolísticas, de la contratación de jugadores, del matrimonio de otro, de la renuncia de un entrenador y de todas las incidencias y sucesos al margen de la actividad deportiva.

El fútbol profesional goza de prioridades para la importación de jugadores y para cubrir los gastos de estada y las exigencias de los cuadros extranjeros que nos visitan. Se podrá sufrir la escasez de divisas para la importación de libros técnicos y científicos, de instrumentos y equipos de laboratorio, de medicamentos y hasta de artículos de consumo, de maquinarias y elementos para la industria, menos para pagar las "adquisiciones" de jugadores extranjeros, cuyas transferencias alcanzan cifras como para provocar la envidia de los más calificados virtuosos de la música o de capacitados profesores para las universidades. Asimismo, se podrá sufrir la escasez de carne, de repuestos para vehículos de transporte colectivo y de cualquier elemento indispensable para el desarrollo económico y cultural del país.

Y las entradas a los espectáculos también se alinean y desfilan con carteles de inflación sin encontrar la protesta de los animadores habituales ni del público, porque la multitud ha sido fanatizada y se la enfervoriza con la inyección sistemática y permanente de la propaganda, realizada con artilugios modernos, bien estudiados y lucrativos.

Nos hemos atrevido a escribir de fútbol sin alardes de conocimientos disparados en jerga deportiva, porque nos encontramos en una posición distinta a la del cronista habitual.

La labor del cronista deportivo la conocemos por la circunstancia de haber tenido —hace años— la obligación de informar de los partidos de la competencia profesional y de los internacionales a una agencia noticiosa extranjera. Durante mucho tiempo seguimos el desarrollo de los eventos desde la tribuna de prensa, pero más tarde se nos ocurrió instalarnos en las tribunas de primera clase, cerca de la oficial, con el provecho de poder ver de más cerca a los jugadores y de escuchar

los comentarios de los dirigentes de las instituciones promotoras del fútbol profesional.

Cuando dejamos la obligación de informar, nos instalamos en las tribunas populares para gozar de los chistes, sufrir los codazos del vecino y las pataditas que como expresión de júbilo solía propinarnos alguna muchacha desde la banca de atrás cada vez que su cuadro favorito metía un gol.

Mezclados con los espectadores, entablábamos conversaciones, encendíamos cigarrillos cuando la mano del vecino no podía hacerlo y el cigarrillo bailaba en la boca atacado también de nerviosismo. Sabíamos contener al entusiasta en el momento de hacer puntería con una botella a la cabeza del árbitro y, a veces, nos matriculábamos en la rechifla cuando las cosas no andaban bien.

En el desarrollo de la competencia profesional suelen observarse partidos monótonos y en los internacionales, deslucidos y mediocres. La salvación de ellos está en el relato de los locutores radiales, cuya animación se infla y explota bulliciosa cada vez que se mete un gol, porque la palabra españolizada se alarga de acuerdo con la capacidad respiratoria del locutor, y los oyentes experimentan algo así como la impresión que deja en los oídos la pasada de un *jet*, volando a baja altura.

Estos relatores son por lo general, entretenidos, con ingenio, facilidad de expresión y dotados de una prodigiosa inventiva para relatar muy a lo vivo incidencias no ocurridas en la cancha. No se les debe confundir con los comentaristas, pues no obstante officiar de técnicos y hablar en tono doctoral, son aburridos y adolecen de una pobreza de expresión tal, que es común escucharles frases como éstas: "Momentáneamente hubo un momento". O bien: "Fue un acto involuntario, en contra de su voluntad".

Los locutores animan, emplean las palabras precisas para provocar el enervamiento colectivo y mantener a los oyentes en un trance de ansiedad. Y uno de ellos, muy gracioso, grita después de un tiro desviado al arco como remate de un avance peligroso: "¡No ha pasado nada!". Son las gotas de valeriana entregadas muy oportunamente después de haber mantenido tensa la atención y de haber gritado dramáticamente: "¡Peligro!". Hay un joven abogado, ya popular por aquello de "¡Esto se acaba, señores! ¡Esto se va a acabar!". Lo dice con énfasis, con viva entonación, con mucho de actor teatral. Las frases las suelta cuando faltan pocos minutos para terminar la brega, tal vez a modo de urgente tranquilizador, como anuncio de estar cercano el final de la tortura. Es el mismo que al comenzar el partido anuncia: "¡Esto va a comenzar, señores! ¡Esto ya comenzó!". Diríase la voz de un empresario de circo al anunciar la pantomima. Nos trae el recuerdo del señor Corales . . .

Se escucha también un binomio que se divide la cancha, y cuando las jugadas van por el otro campo, el relator con la palabra se la ofrece a su compañero, quien

agradece con mucho comedimiento. Son muy bien educados y corteses entre ellos, menos con el árbitro. Su gracia es encantadora hasta para mentir. Constituyen uno de los puntales del espectáculo.

Los relatores de las radioemisoras ven el pellizco de un "defensa" aplicado al delantero enemigo en el momento de saltar para rematar un centro, y lo denuncian con acusaciones al árbitro porque no lo vio y dejó de cobrar la falta. Desde la caseta de transmisión escuchan el insulto de un jugador a otro, casi al oído; las palabras descomedidas de protestas dirigidas por otro jugador al juez y captan los detalles más minúsculos con ojos y oídos admirables.

En las tribunas populares a veces se nos convida con un poco de transistor, lo que aprovechamos para verificar si las jugadas que vemos en la cancha son las mismas relatadas por el locutor con tanto donaire y férvido entusiasmo, pero comprobamos que el jugador mencionado no es el que avanza con la pelota, lentamente, por el centro de la cancha en este juego de velocidad. Es otro. Así recordamos aquello de:

*Date cuenta, es Pedro y es Coronel;
sin embargo, no es él.*

Estas mentirillas surten efecto porque llevan a los campos deportivos a los remisos y a los deseos de presenciar las maravillas relatadas, y tienen la virtud de festinar las acciones por lo general flojas y deslucidas. Es claro que no todas las personas están en condiciones de hacer un balance de lo relatado. Porque aquello de decir varias veces que el partido se está jugando "a todo vapor" y, a renglón seguido, se relata que Fulano y Mengano avanzan lentamente, casi caminando . . .

Una voz secreta, escondida en el fondo del subconsciente, parece avisar a los promotores, directores técnicos y relatores, que la hora de la declinación del fútbol llegará. De ahí la animación exagerada de lo que ya se presenta aburrido; de ahí la bala de oxígeno de los "planteamientos" y formaciones y de los nuevos sistemas para atraer a los ya cansados de ver siempre lo mismo. Con la propaganda se les presenta promesas de nuevos panoramas.

El fútbol podrá completar los dos siglos de vida para pasar después a la historia y cederle el paso a otra clase de espectáculo de multitud. Las entidades promotoras del fútbol profesional se diferencian principalmente de las entidades deportivas propiamente tales en que en estas últimas militan deportistas en calidad de socios; y si bien las primeras también disponen de registros de socios, no pueden hallarse en el mismo plano de los contratados. Los socios firman los registros de la institución, pagan cuotas, participan en la elección del directorio y gozan de los derechos establecidos en los Estatutos. En cambio, los contratados firman el con-

trato y sus nombres figuran en los libros de contabilidad, porque las instituciones que les pagan por jugar tienen el carácter de empresas.

No conocemos el sistema contable de estas empresas promotoras del fútbol profesional, pero es de suponer que se abrirá una cuenta en el Mayor a cada uno de los miembros del plantel de jugadores de Primera División y de la de Ascenso, con sus reservas, con numerales para establecer intereses, o bien una cuenta única de "Producción" con subcuentas para asentar las cifras de rendimiento a favor del futbolista profesional, y los cargos por capítulo de castigos (suspensiones y multas). Ignoramos si en el Activo —al término del ejercicio— se aplican los castigos autorizados legalmente a las cifras pagadas por la adquisición del material humano, en la misma forma como se hace la operación contable en los rubros de Muebles y Utiles, Enseres, Maquinarias, Bienes Raíces, etc. Tampoco sabemos si se paga impuesto a la Compraventa y el de la Transferencia cada vez que se compra o se vende un jugador.

Sospechamos que el fútbol puede morir si su única meta es el mercantilismo en la forma ya presentada. Ya se habla de las pérdidas dejadas por algunas de estas empresas del fútbol y de las inyecciones económicas recibidas para evitar su bancarrota.

Sospechamos que no está en el terreno de lo imposible el que un día se abra paso la idea de poner término a este tráfico que está en pugna con elementales principios de los Derechos Humanos.

Volvamos a la cancha

Según Perogrullo (escribió un tratado de fútbol que no se encuentra en librerías), la fuerza del ataque radica en el número de atacantes. Y en su tratado de estrategia militar, dice que el número de atacantes puede ser reducido en el caso de que los defensores disparen con balas de albóndigas...

Pero los técnicos del fútbol consideran mejor la formación de 4-3-3, o sea con tres delanteros en lugar de cinco como se establece en la formación clásica. Si el cuadro antagonista pone la misma formación y con instrucciones terminantes para no variarla, nos encontraremos que por ambos lados, en teoría, tres deben luchar contra cuatro. ¡Son las matemáticas del fútbol!

Si se ha pregonado y comprobado que los delanteros chilenos son ineficaces en el área por no disponer de la reciedumbre exigida para soportar el choque de los corpulentos defensas, con reducir a tres el número de atacantes no se soluciona el problema porque a la debilidad física se agrega la inferioridad numérica. Si no se desea exponer a todo el equipo a la marcación violenta, es infantil suponer que los jugadores del medio campo y de la retarguardia no se verán expuestos a en-

contrarse con delanteros y mediocampistas fuertes y animados del buen deseo de jugar moderno. . .

De lo anterior se infiere que las proclamadas formaciones de 4-3-3, 4-2-4, o como fueren, es música para hacer bailar a los aficionados e incluso a los cronistas deportivos. Nos explicamos mejor si señalamos el hecho de que las formaciones anunciadas antes del partido no son para rendir honores ni para un desfile, sino para colocarse en el campo hasta que suene el pitazo inicial. El fútbol, se sabe, es un juego de movimiento donde los jugadores no pueden permanecer en la cancha como atornillados en un sitio marcado con tiza; está sujeto a cambios constantes para permitir el avance de los jugadores, el cambio de puesto y todas las maniobras para desmarcarse y descolocar a la defensa.

Se ha comprobado con los hechos de que el sector fijado de antemano a un jugador es imposible de cumplir, y tan cierto es que la contribución de goles del cuadro chileno en los dos últimos campeonatos mundiales la cumplieron los mediocampistas.

La mayoría de los aficionados cree en las tácticas y sistemas y no en la capacidad individual de los jugadores. Pues bien, no se podrá culpar al sistema si los jugadores avanzan y accionan mirando los pies y la pelota. Un profesional debe gobernar la pelota al tacto. Un profesional debe hacer uso de los dos pies. En los jugadores profesionales chilenos hay derechos e izquierdos. Un profesional debe poseer nociones de física —aunque sea intuitiva— para calcular la velocidad de la pelota y saber hasta dónde puede llegar de acuerdo con el grado de fuerza del puntapié; y también debe saber calcular el sitio preciso donde caerá la pelota elevada, de acuerdo con la parábola que hace al ser impulsada.

Los jugadores profesionales chilenos han adquirido tal grado de popularidad que se confunden con los héroes nacionales. Se les pide autógrafos y sus nombres y efigies figuran en los recolectores de basuras colocados en las esquinas. Nadie sabe si ese es el lugar apropiado para sus nombres y retratos.

Los jugadores autorizan a tiendas para que lleven sus nombres. Aparecen en los envases de caramelos y de otros artículos con el programa de formar una colección completa. Los escogidos son, por lo general, los delanteros, o sea los temerosos de entrar al área cuando ven defensas muy guapas; los con mala puntería para hacer goles y los que caen desmayados cuando se les pisa un dedo de un pie. Aquello de aparecer en los envoltorios de caramelos puede tener el inconveniente de que el jugador se identifique con el contenido.

Las alabanzas y manoseos excesivos debilitan a los individuos. Es cosa comprobada, y los jugadores profesionales se ablandan tanto con los elogios que terminan por deshacerse como merengues.

El Deporte de masas

El fútbol profesional no invita al individuo al cultivo del deporte en su real manifestación. La presencia del aficionado en los estadios corresponde únicamente a la atracción por el espectáculo. Es como ir a una función de circo o a una corrida de toros, donde el público no participa, sino que se enerva, entusiasma, aplaude, anima, critica, discute y se exaspera. Va a propinarse una excitación extra, un desgaste nervioso más, y no a disfrutar de algo verdaderamente bello y enaltecedor. Millones de personas acuden a los estadios de todo el mundo, donde el fútbol les ha penetrado hasta la médula. Van para ver y animar a veintidós individuos trabados en una lucha que no es de cartel, y que a veces, muchas, es antideportiva. Esa multitud sufre sofocándose en los días de calor, o tiritando de frío, o soportando la lluvia. Después de anquilosarse en las duras graderías del estadio que le han servido de asiento, regresarán a sus hogares. Ese dolor de huesos habrá sido su único deporte. Seguirán después viendo competencias deportivas por la televisión; pero ni siquiera beneficiarán su salud con algunos ejercicios gimnásticos caseros. El mero espectador de este deporte comercializado experimenta así la peor pérdida de tiempo y de economías que es dable en su actividad vital.

Sin embargo, existen países que dan un ejemplo admirable de planificación y desarrollo de una educación física de masas, en la que toma parte toda la población, particularmente la juventud. Centenares de miles de jóvenes de ambos sexos llenan cada semana los campos deportivos de Checoslovaquia, de la Unión Soviética, de China (de Alemania Oriental y Cuba, me añade Enrique Bello, espectador de estas grandes demostraciones en Berlín, Leipzig y La Habana).

Hemos presenciado en el cine formaciones admirables de centenares de miles de jóvenes, en un accionar armónico de movimientos y de danza. Es la exhibición pura de la escultura humana, de una limpia expresión de fuerza y destreza corporales. Checoslovaquia demostró, ya mucho antes de la segunda guerra mundial, su fervor por la cultura física masiva. Ver a esta multitud de jóvenes ejercitando movimientos gimnásticos con maravillosa precisión, creando formas monumentales que se curvan o se alzan en acompasado oleaje o seguirlos luego en las barras del gimnasta, constituye además un espectáculo enaltecedor y estimulante.

Estas presentaciones, esta manera de hacer deporte, atraen al público, lo incitan a la emulación, porque producen impacto en su sensibilidad. Se cumple así el efecto deseado: la práctica del deporte y la cultura física.

En el fútbol profesional se ha perdido hasta la noción del deporte mismo, porque la lucha de un equipo por imponerse sobre otro llega hasta el extremo de convertirse en juego peligroso para la integridad física de los participantes.

El profesor Konrad Lorenz, en un apasionante estudio titulado *Investigaciones sobre el comportamiento "moral" de los animales*, publicado en el N° 57 de este *Boletín de la Universidad de Chile* (junio de 1965), nos da diversos ejemplos de la lucha de cartel de los animales, o sea, de lo que podría llamarse el deporte entre ellos. En esta lucha, el comportamiento del animal no es de daño; pero cuando la lucha es de verdad, en la disputa de la hembra o de la presa, entonces esta pugna constituye el prelude de la lucha asesina. Los perros juegan entre ellos, como también los gatos. Ninguno hace uso de sus armas. En estos juegos puede el hombre participar con ellos sin ningún peligro. El perro no muerde, el gato no hace uso de sus garras. Otra cosa es cuando atacan de verdad y lo demuestran en tal forma que hasta un niño adivina sus intenciones.

Entre los animales la lucha de daño es anunciada antes del ataque.

En el futbolista profesional la lucha de daño es traicionera y aleve. Es sabido que en cada partido de una competencia profesional oficial o internacional, más de un jugador es sacado de la cancha en camilla. Ningún jugador está seguro de salir ileso del campo de juego. Sabe que el peligro le acecha y teme la posibilidad de quedar enyesado por quizá cuánto tiempo. ¡Y dicen que es deporte! ¡Cuán bello ejemplo nos dan los animales en sus luchas de cartel! Su comportamiento moral es admirable. Estas razones nos llevan a estimar que el fútbol profesional es negativo para el desarrollo de la cultura física. Generalmente, los muchachos que practican fútbol por hacer deporte pueden alentar la ambición de llegar a profesionales, estimulados por la buena paga y la popularidad; por negocio o vanidad, pero no por amor al deporte o al deseo de fortificar su cuerpo mediante un ejercicio constante y metódico. Si observaran con atención el llamado fútbol moderno, acabarían por convencerse de que en lugar de beneficios lo que tal vez lograrían sería su propia destrucción, en el sentido del más alto desarrollo de sus capacidades.

Está dentro de las funciones de las universidades estimular el deporte cuando se trate de la *cultura física*, pero no el profesionalismo que es sólo de provecho del individuo que lo practica por interés económico. Las universidades no obtienen beneficio alguno al estimular el fútbol profesional, y resulta grotesco llamar "cuadro colegial" a un equipo de futbolistas profesionales que nada tienen que ver con la Universidad: raro es el caso del estudiante universitario que prefiere esta clase de profesionalismo, que no es precisamente una carrera. Y los muy contados, lo abandonan si es que logran una graduación académica.

Abrir posibilidades a todos en el cultivo de un deporte, he ahí una función que debería estimularse al máximo en los niveles de la educación primaria, media y superior.